



Queridos amigos:

Termino con esta carta mis reflexiones sobre el amor. En ella quiero hablaros del amor a Dios. Aparece como el primer mandamiento para la vida del hombre, pero ¿puede ser el amor un mandamiento? ¿No muere el amor cuando se hace obligatorio? Por eso yo preferiría plantearlo de otra manera: ¿es que acaso se puede no amar a Dios cuando se le conoce? Y sobre esto hablaré.

Haced un momento de silencio en vuestra habitación cuando no se oiga nada. Quedaos solos con vosotros mismos cuando nada ni nadie os llame, os espere, os escuche. Excavad en vuestra soledad y sentid quiénes sois en este mundo pasajero en el que existís como un pálpito de la naturaleza que os da a luz y os deja ante vosotros mismos conscientes de que existís.

Pensad por un momento que podéis pensar, soñar, amar... La misma naturaleza aparece en vosotros con una forma única en vuestra materialidad corporal y en los sentimientos, posibilidades, proyectos... que vivir y que podéis vivir.

¿No es una maravilla este nuestro ser, tan pequeño en medio del universo y tan infinitamente rico interiormente que es un universo él mismo? Pero a la vez, ¿no os da vértigo pensar en su fragilidad, en su carácter pasajero?, en, definitivamente, ¿no os da vértigo y un poco de rabia pensar que finalmente no fuésemos más que una bella chispa de luz que quiere ser pero no puede sostener su llama?

Uno no puede ver la vida y pensar que es lo normal, porque tanta belleza, tanta riqueza, tanta exhuberancia interior en lo humano impulsa a la alabanza, a sentir la propia vida como un regalo. Pero ¿ante quién entonar nuestra alegría de existir? ¿Solo ante los demás? ¿Solo ante nosotros mismos? ¿No invita la alabanza a la acción de gracias por vivir? ¿Pero dar gracias a qué o a quién?

*Gracias a la vida que me ha dado tanto, cantaba hace tiempo Violeta Parra.*

Llegado hasta aquí un hombre antiguo recitaba este salmo: *Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra. Cuando contemplo el cielo y las estrellas...* (y podríamos seguir: cuando contemplo el orden que posibilita mi existencia, su mirada, su libertad, su amor, sus sueños...) *¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él*, para que hayas pensado en él tan inmensamente grande en su pequeñez en medio del universo. Y cuando decía esto, que podéis decir cada uno de vosotros, reconocía que había sido amado. Tocando su propia existencia no podía no cantar a Dios, no amarle como la fuente de su ser. Además discreto, sin alardes. Tan discreto que solo se deja ver si alguno quiere pensar mirándose que nuestra vida es un regalo (suyo) para nosotros mismos.

Pero, ¿y cuando siento mi miseria?; ¿cuando me veo rodeado de angustias que acosan esa parte del corazón donde nadie, ni yo mismo, puedo llegar?; ¿y cuando me encuentro con que mis proyectos se frustran, que los míos se mueren, que no soy lo que quisiera y me da vergüenza aunque no lo diga a nadie escondiéndome y huyendo de mí mismo?... ¿Dónde está Dios? y ¿cómo y por qué amarlo? Y aquí ante la queja que creyentes y no creyentes siembran en los cielos por esta vida dura, difícil, traicionera que hay que vivir, un profeta hacía escuchar la voz de Dios: *¿Es que acaso puede una madre olvidarse de sus hijos?, pues aunque ella lo hiciera, yo no os olvido, porque os he tatuado en las palmas de mis manos. Si pecáis pecaréis allí y allí podréis encontrar mi perdón, si sufrís sufriréis allí y allí podréis encontrar mi consuelo, si morís moriréis allí y allí podréis encontrar mi vida eterna.*

En medio de la Semana Santa los cristianos vamos a celebrar que Cristo tomo el pan de su vida entre las manos y dijo: esta es mi vida, *bendito seas*, Señor. Y en medio de la angustia de tener que vivir el odio de los que no aceptaban su presencia de amor la oración le confortó. Finalmente su vida, esa chispa de luz que incendió el mundo y parecía no ser más que un sueño de amor verdadero perdido entre el odio y la muerte, se levanto en las manos del Padre para decirnos: *no tengáis miedo, el amor de Dios es la vida del mundo. Confíad en él.*

Cuando en silencio medito todo esto me digo: ¿cómo no amar a Dios por encima de todas las cosas y beber en él el amor que necesito para amar cada cosa del mundo, incluso las que no me gustan? Y me gustaría tanto que os encontrarais con este Amor que es un eterno manantial de vida... Allí se pueden alimentar y hacer verdaderas esas formas mediocres de amorcillos por la vida, las cosas y las personas que vivimos y que no consiguen apaciguar el anhelo de nuestra alma...

Deseo que el amor de Dios os encuentre y que vosotros os dejéis encontrar por él, porque aunque a veces es difícil creer, otras solo es cuestión de dejarse llevar por la profundidad de la vida donde Dios termina por abrazarnos.

Recibid, como siempre, mi saludo y mi oración.

Paco.